

A inicios de este año había publicado su último libro Un hasta luego para Ernesto Guhl

El 25 de julio falleció uno de los padres del ambientalismo en Colombia. Recordamos algunos de sus más valiosos aportes.

LISBETH FOG CORRADINE

@lisbethfog

Ernesto Guhl fue pura vida. Como el agua que tanto estudió y que para él debía ser un elemento de unión, un interés común a toda la sociedad, el eje de la vida. En tantas conferencias, paneles y artículos insistió en la necesidad de gestionar el “recurso hídrico” en Colombia y de lograr que esa riqueza se convirtiera en el eje del proceso de ordenamiento territorial y columna vertebral para construir territorios sostenibles. Siempre estuvo convencido de que cualquiera fuera la situación del planeta, si había algo que era imperativo cuidar, eso era el agua.

Viceministro de Ambiente, vicerrector universitario, miembro de varias juntas directivas de institutos de investigación, entre otras responsabilidades, tuve la oportunidad de acompañarlo en una tarea que resultó interesante y aleccionadora: formular el primer Plan Estratégico Nacional de Inves-

tigación Ambiental, junto con Julio Carrizosa y otros expertos en el tema ambiental.

Participé en muchas de las reuniones y discusiones que promovió y lideró desde el Instituto para el Desarrollo Sostenible Quinaxi, que fundó y dirigió. Si bien su voz -profunda y decidida- pronunciaba las ideas más acertadas, tenía la capacidad y la generosidad de escuchar a sus contertulios, tomar nota en su cabeza, analizar, profundizar y concluir. Formulado y entregado al Ministerio de Ambiente en 2007, dicho Plan se convirtió en una guía que sugería prioridades para la investigación de los cinco institutos que producen nuevo conocimiento sobre nuestro territorio.

Nunca dejó de producir nuevas teorías, esbozar caminos diferentes a los convencionales, revertir enfoques, proponer ideas e innovadoras propuestas para una gestión ambiental más aterrizada al contexto del país. Nunca dejó de pensar, de compartir todo ese bagaje de conocimiento que empezó a absorber

como esponja desde que nació en un hogar que siempre promovió la intelectualidad.

En su última obra, *Antropoceno: la huella humana*, que editó la Editorial Javeriana, plasma todo el pensamiento que desarrolló durante décadas y que me atrevo a resumir en tres puntos principales:

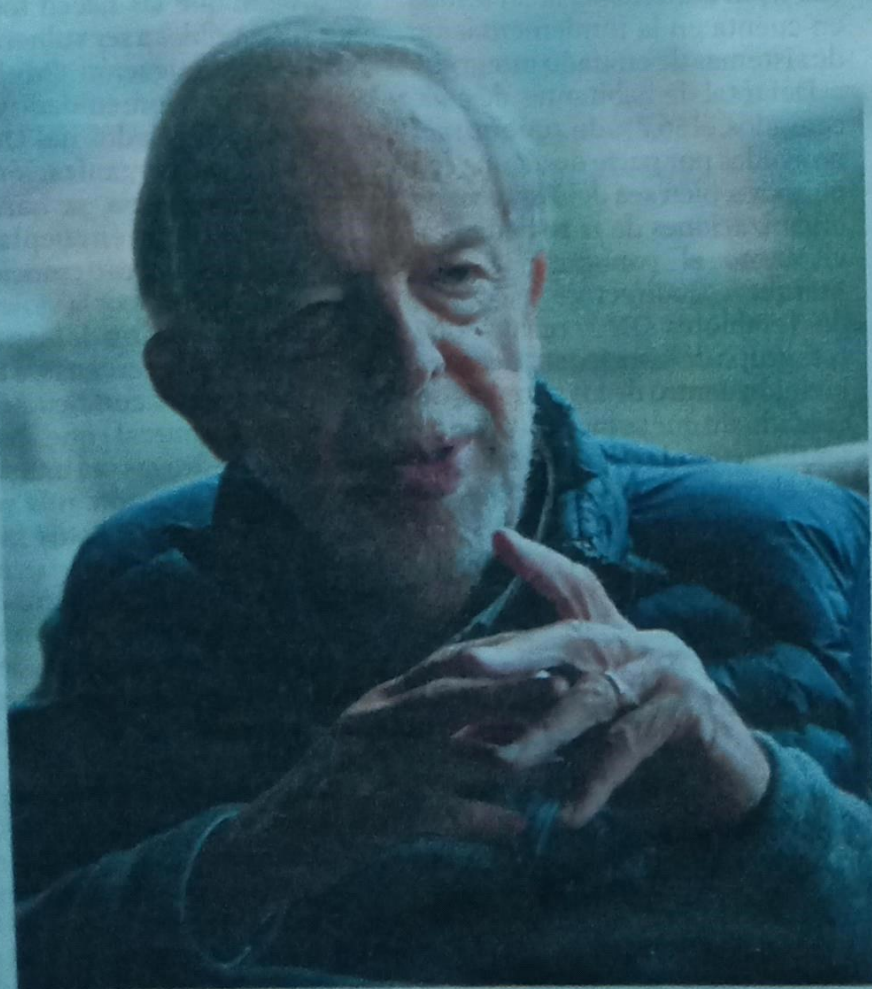
El primero, gestionar lo ambiental desde lo local hasta lo global, “reconociendo que la gente que vive en el territorio es la que conoce su territorio, sus necesidades y no teniendo la necesidad de importar modelos del exterior que han probado ser completamente inadaptados y fallidos”. Así lo dijo hace unos días durante la presentación del libro en la Academia Colombiana de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales. Esta mirada de abajo arriba implica considerar las diferencias, respetarlas y entenderlas.

El segundo, olvidarnos del concepto del desarrollo sostenible, que, a su juicio, “como una especie de transacción entre los intereses políticos de los grandes países y los problemas ecológicos globales que no funcionó”.

Y el tercero, ¿cómo lograr esa transformación humana para entender esas nuevas condiciones que la humanidad ha creado y seamos capaces de vivir en armonía? A lo que Guhl respondió: “Ser capaces de vivir en armonía, no en contra de la naturaleza, sino conviviendo y evolucionando con ella”. Eso implica cambios profundos en nuestra ética y nuestra cultura.

El profesor Guhl deja una obra que incluye una historia de Colombia distinta, contada en clave de naturaleza, de acuerdo con el exdirector de Colciencias Clemente Forero.

Fue su última obra, quizás el último capítulo del libro de la humanidad si no nos pellizcamos. Hoy sábado 30 de julio, cuando Ernesto Guhl cumpliría 80 años, un buen regalo sería leer el rompecabezas que terminó de armar en estos meses a través de sus pensamientos, teorías e ideas. Seguro servirán para cambiar el mundo... o al menos para hacernos reflexionar sobre nuestra relación con el planeta entero.



Ernesto Guhl durante la última entrevista que le concedió a El Espectador hace un par de meses. / José Vargas